

Enemigos Oscuros
Vol. 1

Fuego
De Sangre

Enemigos Oscuros
Volúmen 2

Fuego De Sangre

Rafael Alcólea Harold

Primera edición, 2015

© Rafael Alcolea Harold, 2015

© Triskel Ediciones, 2015

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-944045-2-8



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

Triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: José Antonio García Domínguez

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

PRÓLOGO

(Léelo si no leíste Hechizo de Sangre o quieres recordar la primera parte de la Saga.)

Marc era un joven neoyorkino normal que estudiaba en la universidad de medicina de la ciudad, sus padres eran una pareja que regentaba una pequeña inmobiliaria, y una de sus compañeras de clase estaba enamorada de él. Hasta ahí, todo normal. Un día, una nueva vecina se mudó a la casa de al lado. Sasha era una joven rubia muy enigmática e increíblemente atractiva, Marc se enamoró de ella y decidió declararse una noche de tormenta. La siguió hasta el cementerio y allí descubrió su terrible secreto: Sasha no era una chica normal, era una vampira.

Los amigos vampiros de Sasha quisieron matarlo, pero Sasha descubrió que le atraía el joven humano. Ante su proposición de convertirse en vampiro, Marc lo rechazó. Sasha y sus amigos desaparecieron. Pasaron los meses y Marc comenzó a salir con Anne, su vida comenzaba a parecer normal hasta que una noche conoce a sus futuros suegros en la mansión de los Forbs y al regresar se pierde y llega hasta la casa de invitados de la familia de Anne, allí descubre por casualidad una foto que revela que los Forbs son íntimos amigos de sus padres, estos le habían ocultado esta amistad a su hijo. Aunque esto no fue lo único, Marc acosa a sus progenitores hasta que averigua la verdad: su familia es un clan perteneciente al un antiguo aquelarre de magos y hechiceros encargados de acabar con los vampiros sobre la faz de la tierra, son capaces de hacer magia a través de hechizos y el uso de sus habilidades mágicas. Marc, que ya creyó estar loco al descubrir que Sasha no era un ser normal, que era

un ser oscuro, se quedó en estado de shock al descubrir que él también era diferente.

Tras debatirse entre permanecer fiel a su familia como hechicero o huir con el amor de su vida, Marc decide que su lado está junto a Sasha. Los vampiros, en especial Radgüll, enamorado de Sasha; los hechiceros, sobre todo Ian Forbs, tratarán de romper esa unión por intereses propios para su especie. Anne trata de retener a Marc por medio de la magia negra y un ritual mágico para ser fecundada, Ian Forbs quiere que el poder de Marc se quede en su familia a cualquier precio. Marc consigue escapar y decide ir en busca de Sasha que ha sido secuestrada por los vampiros del oeste. Tim, Connor y una mujer policía capaz de desaparecer le ayudan a rescatarla, junto con Margelie, la niña vampira. En su huida, Marc es mordido por un upiro, una especie de bestia vampírica. La única alternativa es convertirse en vampiro, Sasha debe tomar la decisión más difícil: salvarlo y convertirlo en vampiro, a pesar de que Marc no quiere ser transformado, o dejarle morir. Finalmente, su decisión hace que Marc se convierta en el primer hechicero-vampiro.

Deciden marcharse de los Estados Unidos, lejos de los vampiros americanos. En su huida, son sorprendidos en el barco en el que se disponían a escapar. Se produce un terrible enfrentamiento entre la magia de los hechiceros y los vampiros que viajaban en el barco, y que también huían hacia Europa. Marc cae al mar tras enfrentarse a Ian Forbs y Sasha se queda encerrada en un camarote del barco, perseguida por todos los enemigos vampiros que querían atraparlos. En el agua, Marc, impotente al volverse a separar de Sasha, realiza un juramento: no descansará hasta que la encuentre y vuelvan a reunirse, esta vez para siempre.

1

Diecisiete largos años sin sentir su piel, diecisiete primaveras sin respirar su esencia, otros tantos inviernos sin el aliento cálido de su respiración...

Había perdido todas las esperanzas de que finalmente viniese, que cumplierse su promesa de regresar a rescatarla, de que incluso estuviese vivo. Se sentía sola, abandonada, ultrajada, no sabía si tendría fuerzas para seguir así... sobreviviendo sin él por el resto de la eternidad.

Aun así, sentía que su corazón seguía latiendo, sabía que vivía, pero, *¿dónde estaba? ¿No había pasado ya demasiado tiempo? ¿No me había castigado la vida ya suficientes veces?*

Sasha sabía que Marc era demasiado testarudo como para haberse dado por vencido, y sumamente poderoso como para dejarse atrapar durante tanto tiempo. Aunque 17 años no eran mucho tiempo para un vampiro, ya empezaba a dolerle tanto que no le permitía concentrarse en otra cosa que no fuese recordarlo. Sabía que lo perdería el día que al levantarse no recordase su sonrisa, cosa que no había sucedido en una sola ocasión desde entonces.

Tal vez lo retenían contra su voluntad, tal vez... Borró esa idea de su mente antes de que pudiese caer en el abismo de la desesperación una vez más. Por otra parte, había pasado demasiado tiempo para que estuviese vivo...

Europa había resultado del todo diferente a como la había imaginado. Llevaba enclaustrada en un vetusto palacio de Europa central más de quince años, soportando día tras día la mezquindad de aquel ser que hacía llamarse su amo. Las cosas habían resultado ser demasiado complicadas, demasiado mortíferas. Sasha, acorralada ante la idea de que

acabaría en manos de Radgüll o Pierre, hizo lo peor que hubiese hecho aquel que necesitase romper un pacto con el mismísimo diablo: aliarse con un ser más terrible y maquiavélico. Tuvo que hacerlo para sobrevivir, en aquel momento no pensó en otra cosa que no fuese escapar de esos que la perseguían dentro del barco. Ahora que miraba atrás, tal vez hubiese sido mejor dejarse capturar por aquellos malnacidos que la habían separado de Marc. Recordó a Radgüll con cierto alivio, al menos él la amaba y la hubiese tratado algo mejor. “Algo” ya era mucho cuando no se tenía nada, cuando te habían desprovisto de cada ápice de cariño, de compasión y de sentimientos.

Sasha se lamentó de su aciaga existencia, de la desidia que la rodeaba. Ella que lo había sido todo para muchas personas, sobre todo para Marc, su Marc... Pasó el cepillo sobre su pelo como queriendo despejar los desplantes, torturas y vejaciones que ese ponzoñoso miembro del clan de los antiguos le había proferido a lo largo de los últimos años.

Al principio fue dulce, a la par que siniestro, pero se podía soportar. Ahora estaba obsesionado con ella, no la dejaba ni bajar a las demás estancias a socializar con otros vampiros, ni siquiera dentro del castillo, lo peor era que no podía hacer nada para revelarse, ella que jamás se había doblegado ante nadie. Había pasado los últimos años como un eremita condenado a un aislamiento religioso, ya no recordaba la última vez que había puesto un pie en el exterior de aquella cárcel. Encerrada en aquel torreón, solo tenía la compañía de él cuando le apetecía satisfacer su sevicia o sus más bajos instintos. Si le hubiese sido posible, se habría arrojado por la ventana a pleno sol del mediodía, de ese modo si no moría reventada contra el suelo, el sol acabaría con su sucinta agonía al

estrellarse contra el adoquinado suelo del patio que rodeaba el castillo.

Avram Hatvani la había seducido con sus buenos modales, su vehemencia, y tal vez con un magnetismo y un poder mental superior que solo podían dominar los vampiros con más de un milenio de edad. Avram procedía de Transilvania y era uno de los siete miembros del sempiterno consejo de los antiguos: *la Dieta*, como era conocido comúnmente el consejo. El nombre era debido a que sus miembros eran tan longevos, fuertes y poderosos que ya no necesitaban alimentarse de sangre humana para sobrevivir. Sus cuerpos habían entrado en un estado de inmortalidad, aparentemente eterna, tras haber estado alimentándose de sangre humana durante cientos de años. No había clan o ser sobre la faz de la Tierra que pudiese comparárseles. Cuando estaban juntos eran estandartes libertinos, licenciosos, taimados y leguleyos adoradores de la opulencia y la eterna juventud. Nadie sabía realmente cómo se había formado aquella exangüe unión. Lo cierto era que aquellos seres se habían ido encontrando a lo largo de los tiempos, y habían decidido respetarse y llegar a entenderse a pesar de sus diferencias y aspiraciones. Todos ellos poseían una fortaleza extrema, poderes o habilidades que ensombrecían aquellos veneficios o hechicerías de los conjuradores más fuertes. Rara vez los mostraban delante de otros vampiros; sin embargo, todos los temían pues disponían de un ejército de fieles correligionarios que se manchaban las manos para que sus deidades obtuviesen aquello que desearan poseer en un momento concreto.

Sasha se había arrojado a sus brazos suplicando protección, al legendario vampiro le llamó la atención su extrema belleza y el coraje al desafiarlos a todos nada más llegar de los Estados Unidos. Sasha había

querido escapar de Marie, Pierre, Radgüll y aquel enjambre de malévolos vampiros, Avram había sido su única esperanza en aquellos momentos. Destrozada ante la incertidumbre de saber si Marc vivía o no, necesitaba un protector hasta que el joven hechicero-vampiro viniese a su encuentro. Rodeada por decenas de encorajados vampiros, aquella pareció ser su única alternativa. No sabía entonces que había abandonado una manada de lobos para meterse en las fauces del rey de la selva.

Durante todo el trayecto habían tratado de romper el espurio encantamiento que Marc había creado. Finalmente consiguieron entrar, pero Sasha se las apañó para escapar hasta el muelle, donde Avram esperaba a los recién llegados. Cayó en sus brazos y le suplicó protección, Avram se sobrecogió por su ímpetu, y no pudo negarse; sus perseguidores tuvieron que dejarla ir a regañadientes, se trataba del jefe de todos los vampiros: el longevo Avram Hatvani. Sasha descubrió, a los pocos días, que en Europa no solo habría tenido que haberse escondido de Radgüll y sus amigos, sino también de los hechiceros caza-vampiros que los buscaban para acabar con ellos. Esos cazadores eran más expertos que los americanos, aunque no solían traspasar las fronteras con Alemania. El antiguo imperio austrohúngaro era la fortaleza de los vampiros más longevos, una vasta extensión de tierras que ningún conjurador se atrevería a invadir.

Ahora, pasados más de dieciséis años bajo el coercitivo yugo de Avram Hatvani, el vampiro quería que le acompañase hasta la vieja Irlanda. Él debía acudir a una reunión vital para el resto del consejo de los antiguos. La Dieta se reunía para decidir si atacar a los conjuradores, o seguir escondidos como habían hecho en las dos últimas décadas. El continente

americano había sido devastado, Asia hacía tiempo que no daba señales de tener vampiros, en África y Oceanía apenas si deambulaba algún vampiro chiflado que acabaría sus días antes de poder formar un pequeño asentamiento, así que solo quedaban ellos, los primeros vampiros, los que desafiaron al cielo y sedujeron al hijo de las tinieblas y a *Hécate*, la bruja loca que los creó.

Centroeuropa era su último gran bastión, los últimos dominios de su especie. Los vampiros más longevos se reunirían para planificar sus movimientos y frenar así el avance de los hechiceros americanos. En la actualidad, año 2030, todos los hechiceros, por supuesto, los cazadores de vampiros, hombres lobo, cambiantes y demás alimañas querían acabar con ellos. Si eliminaban la que hasta ahora había sido la especie más poderosa, hacerse con el control de los humanos sería cosa de críos.

Algunos antiguos preferían esconderse, mantenerse al margen; mientras que otros como Avram, preferían un derramamiento de sangre. Sasha debía acompañarle para dar su testimonio de lo que aquellos hechiceros les habían hecho en Estados Unidos. Por otra parte Avram no quería dejarla sola, sabía lo astuta que era, y a pesar de que muchos de los vampiros en el castillo eran bastante más poderosos que ella, pues le doblaban la edad, Sasha a sus cerca de cuatrocientos años era un peligro real.

Avram emprendería el viaje desde Praga junto con el vampiro que controlaba la misteriosa Transilvania, un antiguo pariente: *Henryk Golescu*. Golescu era el vampiro señor de las tierras rumanas y húngaras. Avram y Henryk no se llevaban especialmente bien, sus territorios eran limítrofes y las aspiraciones de Avram a dominar a los vampiros de la vieja Europa hacían que las batallas de poder entre ambos se

sucediesen durante décadas sin que ninguno de los dos diese su brazo a torcer. El tercero en discordia en aquellas tierras infestadas de vampiros atroces que atormentaban a los campesinos y con los que las buenas gentes se habían acostumbrado a sobrevivir, era Ioan Motilor, señor de las tierras de Polonia. Motilor había sido capaz de doblegar a los poderosos *Bonnyns* de Rusia, seres mitad hombres mitad lobo; más conocidos en el resto del mundo como licántropos. Henryk y Motilor fueron quienes frenaron el avance licántropo hacia el resto de Europa. Esos despiadados asesinos se multiplicaban velozmente y durante la primera guerra mundial rivalizaron con los vampiros y pudieron convertirse en la especie dominante del mundo. Por suerte para los humanos, los vampiros actuaron de bálsamo reduciéndolos en número y en los dominios que ocupaban. Actualmente vivían en las estepas rusas, a la espera de que los vampiros flaqueasen.

Los tres sabían que estaban atrapados, el cerco se iba cerrando: por el oeste amenazaba con llegar un ejército de hechiceros-cazadores de vampiros procedentes de Estados Unidos, y por el Este sus peores enemigos durante milenios: los despiadados *Bonnyns*. En cuanto los primeros les atacasen, los licántropos harían lo propio. Entonces, tantos siglos de protección no habrían servido de nada, los vampiros estarían condenados a extinguirse. Incluso siendo más poderosos y astutos, casi no podían multiplicarse en la actualidad. Para colmo, aquellos que podían hacerlo creaban seres tan monstruosos como aquel hechicero-vampiro que Sasha había transformado por amor, habría sido terrible si ese engendro hubiese sobrevivido. Ninguno de los miembros de la Dieta notaba su presencia, le habían perdido la pista años atrás, cuando viajaba hacia las costas de Irlanda.

Sin duda, el desgraciado habría venido en busca de su amor —pensó Avram.

Se alegraba que esa amenaza hubiese perecido finalmente, no le cabía duda de que un ser así, una abominación de la naturaleza tan poderosa, incluso una aberración mayor que ellos mismos, mezcla de dos especies... solo les podría haber causado problemas graves.

El resto de los miembros del clan de los antiguos ya habían sido avisados, la reunión era de extrema urgencia. En esta ocasión, las bacanales de sangre, sexo y exceso quedarían relegados a segundo plano. Ellos tres se reunirían con el resto de los longevos: Luca Paraluppi vendría desde Italia. Luca había conseguido mantener oculta, en las antiguas calles de Roma a una de las familias de vampiros más poderosas y antiguas que poblaban Europa. Sus gustos eran extravagantes, tanto que a menudo habían tenido que advertirle de sus excentricidades. Tuvieron que maquillar numerosas escenas esperpénticas, y pagar varios sobornos para esconder la creciente rumorología en torno a la existencia de vampiros en Italia. Se lo perdonaban todo por poseer un poder exquisito, inigualable: era capaz de leer la mente. Esta cualidad era muy perniciosa para el resto de los vampiros pues casi nadie tenía la habilidad de engañarlo, solo unos pocos, entre los que se encontraban ellos mismos, eran capaces de bloquear sus mentes al inquisidor poder mental de Luca.

Los otros longevos restantes provenían de Europa occidental, ellos eran los más preocupados por el avance de los hechiceros americanos: Pierre LaFontaine, de Francia y Marie Dare, de Reino Unido, habían sido testigos de primera mano del potencial desplegado por el clan de hechiceros-cazadores de vampiros en Sayville. Según sus informaciones, los

hechiceros habían estado entrenando magistralmente a cientos de magos, conjuradores, y brujas; reclutados para invadir dentro de poco las tierras de los vampiros en Europa. En realidad, Avram no sentía ninguna simpatía por el longevo vampiro francés, sus informadores habían descubierto que incluso había transformado a una niña en el pasado para convertirla en vampiro, algo del todo prohibido en el código secreto de los vampiros. La joven había desaparecido antes de poder dar con su paradero, ya que al parecer, Pierre se las había ingeniado para que no la descubrieran. Semejante ofensa sobrevolaba al francés cada vez que se presentaba ante el resto del clan. Por lo visto, la había abandonado en los Estados Unidos, pero nadie tenía certeza de eso. Avram sabía que Pierre no era de fiar, era el tercer miembro más poderoso del clan, y capaz de dominar el fuego. No era del todo extraño contemplar a un vampiro auto-combustionarse tras haber soportado la mirada de Pierre. Sus modales de señor ilustrado sacaban de quicio a Avram que era un vampiro de acción. El muy pusilánime se creía superior a ellos, se sentía bañado por el progreso y la cultura desde la época de la ilustración, pavoneándose de la ópera al museo o paseando por los grandiosos jardines de Versalles, se creía por encima del bien y el mal solo porque había dominado Europa Occidental en los últimos siglos.

A nadie, salvo a ellos mismos, parecía importarles lo que habían hecho sus enemigos contra los de su especie. En el nuevo siglo los papeles se habían cambiado: los vampiros del triángulo de Transilvania eran los más poderosos, aunque no podían despreciar a esos dos engreídos y al fanfarrón de Antonio de Alba, el español. Estaba claro que Antonio era la pieza clave que todos movían en una u otra dirección a la hora de tomar decisiones. Henryk, Ioan y él mismo formaban

un nuevo núcleo. Marie, Pierre y Luca representaban los moderados del pasado, otro concepto muy distinto de vampirismo. Ellos eran la nueva sangre, quienes convertirían a su especie en la más respetada y poderosa de la tierra. Antonio era el único que nunca se decantaba, anclado en un pasado glorioso de dominio y devastación en Sudamérica, era uno de los longevos más poderosos, en concreto el cuarto. Su poder también era singular: podía concentrarse, pensar en un lugar y aparecer materializado allí.

Todos ellos debían encontrarse de inmediato en el castillo de *Malahide*, a las afueras de Dublín, Irlanda. El castillo era una joya arquitectónica que se remontaba al siglo XII. La astuta Marie Dare lo había comprado a finales de los setenta a la hermana del último barón Talbot a cambio de convertirla en vampira. Finalmente, la infeliz no consiguió ni el dinero, ni la inmortalidad; sin embargo, ella sí se hizo con la propiedad.

El castillo de *Malahide* estaba rodeado por más de cien hectáreas de vegetación y bosque que se replegaba sobre la construcción, aislándola del resto del condado. Avram sentía una especial predilección por ese castillo, por este motivo era la sede de muchas de sus reuniones importantes. Era diferente a los castillos de centro Europa, sus torres redondas y coronadas con almenas circulares y tachonadas con grandes piedras en forma de corona, se asemejaban a las torres medievales que inspiraban las figuras de ajedrez. Su arquitectura, remodelada en el siglo XV, era una delicia para Avram, gran amante de las construcciones singulares, esa era la razón por la que no pensaba olvidarse de Sasha en este viaje.

No recordaba qué había en el interior de mi mente antes del ahora. Cuando trataba de ahondar en su interior, siempre aparecía ella: *Kassandra*. Prácticamente solo conocía su nombre, ella me lo había dicho hacía diecisiete años, me había contado también que me había encontrado tirado en una playa al norte de Irlanda. Por los restos del naufragio, *Kassandra* supo que yo provenía de los Estados Unidos. No adivinó a decirme si venía de viaje de placer o tal vez buscando algo. Muchas veces había sentido la necesidad de volver a ese país, por si podía averiguar algo más de mi pasado. No es que quisiera marcharme, pero si era cierto que algo misterioso me lo impedía. En cuanto ella aparecía, olvidaba aquellos vagos recuerdos y me centraba en su cuerpo, su rostro y me dejaba arrastrar por aquella embriagadora sensación de tener que poseerla, hacerla mía a toda costa.

Fuera lo que fuese aquello que me aturdía, me hacía olvidar cualquier cosa que no fuese aquella enigmática mujer de pelo negro azabache hasta la cintura, ojos azules penetrantes y caderas sinuosas. Era como si me tuviese hechizado. Cuando estaba lejos de ella sentía que me faltaba el aire, no podía casi respirar, tal era mi dependencia de su ser, que ella era la que me suministraba el sustento. Según me contó, yo sufría una rara enfermedad que me impedía alimentarme de comida, como hacía cualquier persona normal, debía alimentarme de sangre animal. Aunque la de los humanos era la que más me fortalecía, *Kassandra* no era muy partidaria de matar a un ser humano para alimentarme, así que buscaba bancos de sangre o animales para proporcionarme mi líquido vital. Su sabor era mucho peor que la cálida sangre fresca que a veces me dejaba beber de ella cuando hacíamos el amor. Tenía que golpearme para que

parase, más de una vez había estado a punto de beber hasta saciarme por completo, a pesar de sospechar que acabaría con su vida.

Normalmente me tenía oculto en su casa, me decía que era debido a mi extraña enfermedad, aunque sospechaba que había algo más; no obstante, tampoco traté de averiguarlo, junto a ella tenía todo lo que podía desear. Sin embargo, en ciertas ocasiones, cuando notaba que mi mente estaba levemente más despejada y aquellos nubarrones que me adormecían la consciencia se apartaban, era capaz de hacer las cosas más inverosímiles: incluso un día descubrí que podía hacer magia.

Nunca podía ejercitar la magia delante de Cassandra, aunque yo la había visto a ella practicándola cuando me creía dormido. Me contó que los brujos, como ella, debían ocultar su poder, por eso vivía tan lejos de todo, apartada en ese recóndito paraje norirlandés, y hacía años que no hablaba con nadie que no fuese ella...

Por ese motivo me sorprendió tantísimo cuando me dijo que iríamos a Dublín, a un baile de máscaras, había sido invitada al castillo *Malahide*. La había escuchado hablar a través del ordenador con alguien que le daba instrucciones sobre lo que debía hacer en una especie de fiesta. Me pareció reconocer el acento del interlocutor: tenía el mismo acento que yo, él también era americano:

—Debes introducirte en ese baile, necesitan invitados para aparentar normalidad. Ofrécete, también querrán humanos de los que alimentarse... Cassandra, trata de no ir sola o levantarás sospechas. Sabes cuánto te necesitamos, eres vital en esta misión. Sé que eres una ermitaña y vives sola... Te recomiendo que busques algún noviete para esa fecha —aconsejó la familiar voz.

—No te preocupes, eso está hecho —aseguró, mirando hacia donde yo me encontraba desnudo, supuestamente durmiendo sobre las sábanas revueltas.

¿Por qué le miente? ¿Por qué oculta mi existencia? Podía decirle claramente que tenía pareja, que acabamos de hacer el amor y yo descanso en la cama —pensé que callaba por mi enfermedad, tal vez se avergonzase de mí, aunque en realidad, cuando me miraba en el espejo, el rostro que me sonreía no estaba nada mal. Tal vez un poco pálido, pero eso se arreglaba saliendo más al sol, a pesar de no tolerarlo muy bien y que en Irlanda no disfrutábamos a menudo de su compañía, estaba dispuesto a mejorar mi aspecto. Continué escuchando.

—Necesitarás alguien que pueda protegerte, que te apoye, no podemos perder a nuestra mejor colaboradora en Europa. Hablaré con los demás para que te envíen a alguien desde Londres, debes averiguar cuáles son sus planes, debemos anticiparnos, sorprenderlos. Esto es lo más grande que hemos preparado jamás, debe salir a la perfección, hay demasiadas vidas en juego... En unas semanas estaremos por ahí, ya te comunicaré cuando con exactitud. El desembarco es crucial para nuestra misión, confiamos en que elijas el mejor puerto para hacerlo.

—De acuerdo, no hay problema. No te preocupes, todo saldrá de maravilla. En cuanto a la protección, prefiero buscar yo quien me cubra las espaldas, ya soy mayorcita. Además, sabes que voy por libre, no necesito a nadie, nunca lo he hecho y no lo voy a hacer a estas alturas —dijo comenzando a irritarse.

Aquel tono melifluo me sonaba. De repente me di cuenta que conocía al hombre con el que hablaba, no sabía de qué o cómo era posible, aquel timbre de voz

no era nuevo para mí, *¿dónde había escuchado esa voz antes?* Pero por mucho que me esforzaba, no recordaba cuándo o dónde había hablado antes con esa persona. De nuevo, la enorme pared blanca apareció, un muro impenetrable a mis recuerdos me lo impedía. Cada vez que estaba a punto de rozarlos, se esfumaban.

Kassandra colgó el teléfono molesta y se aproximó hacia mí, desató el batín que cubría su cuerpo, este resbaló desde sus hombros al suelo, no sin antes recorrer toda su anatomía, deteniéndose levemente en sus caderas hasta desaparecer. Su mano comenzó a acariciarme el cabello por la nuca, tratando de despertarme con suavidad, al no moverme, agarró mi pelo y tiró hacia atrás con fuerza contenida.

Enseguida, mis dudas se disiparon, dejé de ser el circunspecto hombre que había prestado atención a la conversación y me dije que qué importaba esa voz, qué más daba lo poco que conocía de ella o sus intenciones en esa fiesta. Ignoré esas molestas preguntas internas que poco a poco se adormecían ante las mariposas que se arremolinaban ahora en mi entrepierna, al sentirla cerca, desnuda, a mi lado.

Me di la vuelta para recibirla, la atractiva mujer saltó sobre mi cintura. Una vez se sentó sobre mí, rodeó mi cuerpo con sus piernas como si fuesen dos serpientes que me aprisionaban, urgiéndome a entrar en ella. Sentí que mi hombría se elevaba, motivada por el movimiento de las caderas de Kassandra. Me recosté de espaldas sobre el mullido lecho, sabía que ahora vendría lo mejor: ella me haría suyo y yo la tomaría también. Sus húmedos y apasionados besos apenas me dejaban respirar, debía volver la cara cada cierto tiempo para poder respirar por el hueco que dejaban sus cabellos, que acariciaban mi rostro con el vaivén. Nada me importaba ya aquel desabrido muro blanco

que jamás me permitía saber quién era o qué hacía allí. No me importaba nada, solo el presente, gozar de ella...

Nada más podía concentrarme en oler su perfume femenino y dejarme llevar por mis instintos. Al rozar el clímax casi le mordí, pero Cassandra era fuerte y pudo contener mis colmillos a pocos milímetros de penetrar su nivea piel. Me sonrió e infirió más frenesí a sus movimientos, sabía que me volvía loco de placer cada vez que se movía de esa manera sobre mí. Si continuaba unos pocos segundos más así, ejerciendo una delicada y continua presión sobre mis genitales, no aguantaría mucho. A punto de que se me nublase la vista, en esa efímera antesala de placer extremo, contemplé un bello rostro tras aquella inmensidad blanca que rodeaba mi memoria, apreté los ojos cerrados para verlo mejor, al instante se esfumó.

El acto duró poco, como aquellos momentos de placer en los que nos parece irse la vida y que en realidad sirven para mostrarnos que todo continúa. No me importaba que hubiese durado mucho o poco, sabía que en cuanto me recuperase, ella volvería a por más. Me quedé tumbado, recuperando el aliento, mientras Cassandra volvía a colocarse la liviana bata de seda. Sentí que podría volver a tomarla si no se vestía con suficiente rapidez, la sola imagen de su cuerpo perfecto ocultándose tras las ropas era el mayor de los estímulos para encenderme de nuevo.

Cuando me abandonó, camino del aseo, cerré los ojos. Esta vez la visión fue diferente: El albo muro seguía impidiéndome el paso hasta mis recuerdos antes del naufragio; sin embargo, esta vez descubrí una finísima grieta, casi inapreciable, que se abría paso por la colosal muralla. Aquella voz tras el teléfono había actuado como cincel para resquebrajar lo que en tantos años de esfuerzos no había conseguido yo solo.

No pude recordar nada, no pude ver claramente más allá del muro; no obstante, a través de la sinuosa grieta pude entrever que algo, una especie de lucecita refulgente, brillaba en la distancia.

Me dormí sonriendo, había algo más, ahora empezaría a recordar.

¿Había visto un rostro? —me dije. Empecé a sentir un fuerte dolor en las sienas. No obstante, el esfuerzo carnal me hizo quedarme dormido enseguida. *Kassandra* se alejaba, en la distancia, a miles de kilómetros, sentí que ya no estaba. Me desperté súbitamente al escuchar el portazo al cerrar la puerta principal, se había marchado. Aquel ruido actuó como detonador, un nombre apareció en mi mente, como impregnado en el techo de la habitación: *Ian Forbs* —leí.

Después, no pude pensar en nada más y me dormí.

2

Mathew McAfee entró hecho un basilisco en la mansión de los Forbs, estaba harto de ese niño, y de cómo todos se devanaban los sesos para satisfacer el más tonto de sus deseos. Era igual de odioso que su padre, cada vez que lo ridiculizaba veía la sonrisa burlona y el brillo verdoso de sus mismos ojos que chispeaban al comprobar que no podía responderle. Hoy había ido demasiado lejos dejándole en ridículo delante de todos mientras perseguían a algunos vampiros rezagados por las calles de Nueva York. Mathew apretó dientes y puños tratando de tranquilizarse, sabía que el chico era demasiado importante, era consciente de que lo necesitaban, sabía que era intocable..., pero todo tenía un límite. Caden era un niño mimado, malcriado, que humillaba a todos y se creía por encima del bien y el mal, siempre hacía caso omiso de las indicaciones de los mayores. A él, su padre postizo por así llamarlo, lo ninguneaba constantemente. Con su madre no era muy diferente, aunque se controlaba algo más. No obstante, le contestaba de manera descarada y le hacía constantes desplantes, recriminándole su relación con Mathew y por haberse liado con su padre, el vampiro.

El muy idiota no imaginaba que si ahora era tan fuerte y poderoso, se lo debía a su madre, y eso que siempre le echaba en cara que hubiese estado con Marc, no se perdonaba a sí mismo, que por las bajezas de su madre, su verdadero padre fuese el ser más despreciable del planeta, capaz de abandonar el aquelarre de Sayville del que pudo ser su líder, por correr detrás de una sanguijuela nocturna que lo volvió loco hasta el punto de renunciar a todo por estar con ella. Según su parecer, ninguna mujer

merecía tanto la pena. A sus diecisiete años había tenido algunas novias, chicas sin importancia que le duraban menos que un paquete de cigarrillos. Cuando se cansaba de ellas, las dejaba como viejas ropas de las que ya estás harto de usar para que se las ponga otro. Muchas veces le había echado en cara a Anne que no hubiese sido capaz de retenerlo, le decía que había sido poca mujer para un hechicero tan poderoso, que tal vez aquella escoria vampírica sería mil veces mejor mujer que ella. Sus hirientes palabras eran dardos envenenados que, como mortíferas saetas, tiraban a dar donde más dolía. ¡Cuántas veces había visto Mathew llorar a Anne por culpa de ese diablo! Anne no era una mujer débil o a quien se pudiese alterar con facilidad, todo lo contrario, pero Caden sabía cómo tocar los puntos claves que lograban desmoronar el castillo de naipes construido por su madre a base de tesón, para olvidar aquella dolorosa historia. Después de cada uno de aquellos episodios, Anne se mostraba esquiva y distante. Mathew era consciente que no te puede faltar nada que nunca has tenido; sin embargo, mantenía la esperanza de que ya lo hubiese olvidado. Mathew se maldecía por amarla con toda su alma, por haberle entregado su vida y su amor incondicionalmente sin esperar nada a cambio era la peor de las maldiciones.

Caden solo obedecía a duras penas a su abuelo materno: Ian Forbs. Este era el único capaz de infundirle cierto respeto, y era a quién todos recurrían cuando el joven estaba fuera de control. Aun así, Caden era capaz de convencerlo de casi todo, el abuelo no podía negarse; al final el joven siempre se salía con la suya, nadie podía escapar a la inquina de Caden, nadie. Una vez fijaba su objetivo en alguien, podía darse por muerto. No paraba de maquinarse y dar vueltas alrededor de su presa hasta que conseguía

exterminarla. Todos en la congregación de Sayville lo admiraban por su inagotable fuente de poder, pero sobre todo, lo temían. Los conjuradores más expertos, de los que se beneficiaba hasta que les había exprimido todo el conocimiento, se echaban a temblar si el joven de pelo castaño salpicado de matices rubios, les pedía consejo en algún asunto. Muchos de los que habían partido con él a luchar en las calles contra los vampiros, no habían vuelto; no precisamente porque los bebedores de sangre los hubiesen matado... Caden disfrutaba matando a vampiros y a sus rivales a partes iguales. Era mordaz y mezquino. Nada parecía importarle, a nada parecía tener apego. Quizás el crecer sin un padre en el que fijarse y del que adquirir valores y algún azote de vez en cuando, habían hecho mella en su maquiavélica personalidad.

Mathew sabía cómo irritarlo, solo debía mencionar a su padre y el joven se volvía loco, fuera de sí. Acto seguido, vociferaba que no pararía hasta matar a ese malnacido si se cruzaba con él algún día. Caden mostraba cierta consideración con él porque sabía que era el mejor entrenador que podría encontrar en el arte de la lucha. Lo quería para cincelar su enjuto cuerpo. Varios meses de lucha contra los vampiros y un duro entrenamiento diario, estaban convirtiéndolo en un joven atlético de hercúleo cuerpo y colosal forma física. Por otra parte, Caden trataba de no agobiarlo porque era la pareja de su madre. No comprendía lo que Anne había visto en él, y para colmo eran primos... No obstante, por lo general, lo aceptaba más que a la abominación de su padre, a quien imprecaba a la menor ocasión. Día a día, mientras entrenaba, Caden soñaba con encontrarlo y matarlo. Acabaría de esa manera con la vergüenza de su apellido, la única mancha en su árbol genealógico.

Así las cosas, Caden presentía que su padre no estaba muerto. Sabía que hacía más de una década desde que había logrado escapar y huir a Europa. A pesar del naufragio de su barco, Caden intuía que seguía vivo. No podía explicarlo, pero estaba casi seguro. Ese tipo era más listo que el hambre, había conseguido burlar la vigilancia de todos los hechiceros que lo vigilaban, más de veinte, y fugarse sorteando todas las medidas de seguridad del aquelarre. Aquel vampiro era intrépido, sin duda, pero a él no le engañaba, a pesar de lo mucho que su madre y su abuelo insistiesen en que ignorase sus pesadillas, no se daría por vencido. Ese brujo-vampiro debería morir al igual que el resto. La última pesadilla con su padre había mostrado el lugar donde aquella rata con cara de ángel podría esconderse. La onírica visión le mostraba un bello paisaje feérico compuesto por un extenso prado verde, rodeado de colinas pobladas de terciopelo verde intenso. Al final, una casa y un acantilado que daba al mar. Cada vez que trataba de relajarse y continuar caminado por el verde prado hasta la casa, se topaba con un altísimo muro blanco traslúcido, como de metacrilato, impidiéndole ver que había en esa casa. Si el hombre al que había visto en fotos y odiado durante toda su vida se escondía allí del resto del mundo, lo encontraría. En cuanto tocaba el muro, se despertaba gritando, empapado en sudor, y con las manos ardiendo. Esta última vez, al encender la luz descubrió que sus manos estaban chamuscadas y humeantes. En aquella ocasión se había acercado demasiado, la magia que lo protegía era poderosa. Si al resto le engañaba, con él no podría. Persistiría hasta que averiguase dónde se ocultaba, y al final lo encontraría.

Se obsesionó con la figura paterna desde el día en que vio por primera vez cómo era el rostro de su padre,

el día que en que se topó con un viejo anuario universitario de cuando sus padres estudiaban medicina en la universidad. Desde entonces había bombardeado a preguntas sobre él a todos cuantos lo habían conocido, bueno a casi todos, a su abuela paterna, no. Ni siquiera la miraba cuando pasaba a su lado, el desprecio era la mejor manera de hacerle saber que rechazaba todo aquello que viniese de él, del traidor.

Caden no estudiaba, nunca le había gustado estar encerrado escuchando las aburridas clases de aquellos tipos que temblaban en cuanto levantaba la mano, temerosos de ser reducidos a cenizas con uno de sus hechizos; se reía de los profesores y no se molestaba en aprender nada. A los doce años su abuelo lo quitó de la escuela y empezó a recibir clases en la mansión Forbs para conseguir el título de educación básica a distancia. Tras varios tutores diferentes, consiguió el diploma, copiando, claro.

Mathew sabía que Anne no había utilizado las artes más limpias para conseguir que el linaje de los Bennett se mezclase con el de los Forbs. No obstante, la mezcla había sido todo un éxito: Caden era un poderoso hechicero, algo jamás visto, un portento que recordarian los anales de brujería. Caden también era un buen luchador por lo que le hacía una máquina de matar vampiros. Su poder mágico se había manifestado desde la cuna. Cuando aún no gateaba, era capaz de achicharrar con su mente a los pajarillos del campo que se posaban inocentemente sobre el alféizar de su ventana. Antes del año de edad ya era capaz de conseguir que su niñera hiciese lo que él le ordenase. Aquel niño creció, y su terrorífica leyenda creció con él. Bajo su angelical apariencia escondía una gran capacidad para infundir un terror que se apoderaba de las personas que lo conocían. Nadie le

superaba en el arte de la magia. En ese campo podía supeditar a hechiceros mayores y, a priori, mucho más poderosos que el inocente niño contra el que debía enfrentarse en un combate de magia. Al final, siempre los vencía a todos, en su mirada no se veía ni un ápice de compasión cuando le suplicaban clemencia, era el mismo Ian Forbs quien debía interceder por la vida de los conjuradores contra los que luchaba.

Era despiadado incluso con los de su propia sangre. Linda Bennett, su abuela paterna, trabajaba como sirvienta en la mansión de los Forbs, esa fue la piedad que Ian Forbs había mostrado después de que su hijo los traicionase. Linda, que respetaba las normas de la orden por encima de todo, aceptó su denigración como sirviente de aquellos que una vez fueron sus amigos y rivalizaron con su familia por el control del aquelarre. Ahora, sola y consumida por la pena de haber perdido a su esposo y su hijo, se dedicaba a arrastrar su demudada figura por las innumerables estancias del aquelarre. Más parecía un espanto que una persona, si pestañeabas dos veces para comprobar si era real o no, ya había desaparecido. Una pobre mujer que lo había perdido todo; sin embargo, algo le quedaba: Caden, el joven era su nieto, aunque él no lo reconociese.

En cierta ocasión, cuando Caden contaba con solo diez años, vio a su abuela tirada en el suelo sacándole brillo al mármol, caminó por su lado y ni siquiera la miró, a pesar de ser conocedor de quién era. Pasó de largo ignorándola; no obstante, después lo pensó mejor y volvió para tirar el cubo de agua con el que su abuela enjuagaba el paño del suelo. La mujer lo miró con lágrimas en los ojos, asombrada de semejante crueldad. Entonces el joven se agachó hasta estar a su altura, en lo que parecía un acto de arrepentimiento por lo que había hecho, pero nada más lejos de la

realidad; la miró fijamente y le escupió en la cara. Le dijo que le daba asco, al igual que su hijo, el desertor. Cuando la mujer ya no pudo más, rompió a llorar entre gritos de incredulidad y sollozos de rabia contenida. El jovencito continuó caminando con una media sonrisa en el rostro, como si nada, hasta que desapareció de su vista. Mathew, no muy dado a emocionarse, sintió pena por la mujer que se apresuraba a limpiar sus lágrimas con el mismo paño que usaba para recoger el estropicio montado por su propio nieto. Si Caden era capaz de hacer eso con su propia abuela, qué no podría hacerle a él, su padraastro, que no llevaba su sangre.

Cada año que pasaba era peor que el anterior. Caden iba madurando a la par que sus valores siniestros y despiadados. Ya tenía diecisiete años, casi era adulto. Estaba abocado a convertirse en el sucesor de Ian Forbs. Mathew tragó saliva y se juró que estaría lejos cuando eso sucediese, por mucho que amase a Anne, esa situación sería insostenible. No quería vivir el resto de su vida pensando que esta pendiese de un hilo, al filo de una navaja manejada por un jovencito inestable y caprichoso. Pobre de aquel que estuviese cerca cuando ese jovenzuelo se convirtiese en el líder del aquelarre de Sayville, el más poderoso de toda América.

Una vez eliminados los vampiros en los Estados Unidos, el plan era alcanzar Europa y unirse a sus hermanos brujos, proporcionándoles ayuda en su lucha contra los legendarios vampiros que controlaban el viejo continente. Querían viajar en dos grandes barcos para no ser descubiertos, necesitarían toda la ayuda de los magos, hechiceros, brujas y conjuradores del país. Tendrían que viajar el máximo número posible si querían vencer a aquellos poderosísimos vampiros; la suerte les sonreía a este lado del

Atlántico, ahora no podían replegarse, les tocaba mover ficha.

—Padre, ¿puedo? —interrumpió Anne entrando con respeto en la gran biblioteca del aquelarre. Sabía que Ian Forbs odiaba ser molestado cuando estaba estudiando los viejos escritos.

—¡Adelante! ¡Pasa!

Su padre se quedó mirándola de arriba abajo, reconociendo que algo turbaba la mente de su hija.

—Veras... Es por Caden. No creo que...

—Tienes que aceptarlo, hija. Vendrá —sentenció su padre, cortando bruscamente sus palabras—, es su destino. ¿No lo entiendes? Es el más poderoso de todos los que estamos aquí. Si alguien tiene que venir, es él, no te aferres a tu amor de madre, debes dejarlo marchar por el bien de todos.

—¡Lo matarán, padre! Es muy joven y alocado, se cree el rey del mundo. Entre todos le llenáis la cabeza de mil historias sobre lo bueno que es, lo increíble que son sus poderes mágicos, y ya no lo reconozco, padre. ¿No lo entiendes? Además, aquellos vampiros no son como los americanos. Estos eran meros sacos de pellejo con sangre. Sabes tan bien como yo que esos seres milenarios dominan poderes tan increíbles o más que los nuestros. Aquí hemos luchado con esa ventaja, los vampiros eran tan jóvenes que no podían prever nuestros movimientos, ni siquiera llegaban a rozarnos. Esta batalla será diferente, lo sabes. Estas dispuesto a sacrificar cientos de hechiceros por dominar el mundo, por saciar tu ambición.

—Indudablemente las criaturas a las que nos enfrentaremos son realmente peligrosas. Estarás de acuerdo conmigo que hasta que no acabemos con el problema de raíz, el mal seguirá extendiéndose. Por otra parte, debo decirte que subestimas a tu hijo, llevamos entrenándole al máximo nivel durante dos

años. Créeme, está preparado, además yo también estaré junto a él, que supongo será una garantía para ti.

—¿Quién se quedará aquí?

—¡Tú! Eres lo bastante fuerte para acabar con los dos o tres vampiros que se atreven a merodear por estas tierras, los nuestros te hacen caso y lo coordinas todo a la perfección. Esto debe estar en pie para cuando volvamos.

—Si volvéis...

—Que sí... No seas aguafiestas.

—Me opongo rotundamente. No está preparado, además es mi hijo... Yo sé lo que es mejor para él.

—Tiene que venir, ya está decidido, no creo que Caden quiera quedarse aquí y perderse la fiesta. Sabes que nada le gustaría más que encontrarse con él... Aunque lo dudo, hace muchos años que no sentimos su energía. ¿No sería precioso que si ese bastardo deambula por allí, sea tu hijo quien acabe con él?

—Precisamente por eso, no quiero que vaya. Y si se encuentran, ¿qué pasaría?

—No puedo creer que sigas babeando por ese asqueroso traidor —maldijo Ian pasando con fuerza una página del volumen de magia que sostenía en sus manos. Miró hacia el estante y se giró, dando la conversación por zanjada, ni siquiera la miró cuando se alejaba por la sala.

—En ese caso... ¡Yo también os acompañaré! — anunció Anne.

—Como quieras, hija, estás en todo tu derecho — murmuró saliendo de la estancia que quedó fría y vacía sin su presencia. Anne pensó que aquella conversación había sido una pérdida de tiempo, cuando su padre decidía algo, nadie lograba cambiar su opinión.

Amber recorrió a solas las orillas del lago *Winnipeg*. Amaba Canadá, la tierra natal de su madre, y donde vivían. Amber, en cambio, había nacido en Alaska, donde su madre y su padre se conocieron. No recordaba mucho de su tierra, solo el frío, y los preciosos paisajes nevados. Su madre le contó que al poco de nacer ella, el cretino de su padre las había abandonado y se había marchado a Rusia, de donde había venido a América. Eso era todo lo que sabía de un padre que había estado ausente y que supuestamente viviría en cualquier lugar perdido en las grandes estepas siberianas.

En su juventud, su madre había trabajado como bióloga marina en Alaska con una beca del gobierno canadiense, fue allí cuando sus padres se conocieron y estuvieron viviendo juntos un tiempo hasta que ella dio a luz. Sin saber por qué, su padre se marchó un buen día, abandonándolas. Su madre tuvo que volver a Canadá, a su tierra, con sus padres. No podía continuar con sus estudios marinos teniendo que criar a un bebé, sola, y en un país extranjero.

Desgraciadamente, sus abuelos, ya muy mayores, habían fallecido hacía un par de años, Amber lo sintió de veras pues eran toda la familia que tenían. Para colmo, hacía un par de semanas que su propia madre había desaparecido en una misión mientras estudiaba las orcas en el Polo Norte. Su barco desapareció de los radares repentinamente, nada más se supo de su tripulación o los científicos que trabajaban en su equipo. No estaban seguros si el barco se había hundido en el mar de hielo o si alguna lancha había podido escapar con supervivientes a alguna recóndita área del extenso continente helado. Hacía casi un mes de aquello, Amber había estado deambulando por su casa desorientada, perdida, sola... nada más que la

tenía a ella. Su madre era todo lo que le quedaba en este mundo, bueno, casi todo, su padre debía estar vivo por alguna parte en Rusia.

Mal país para buscar a alguien —pensó.

Su inmensidad era tan inexorable, que la búsqueda se le presentó imposible antes siquiera de plantearse. Finalmente decidió que tenía que hacerlo, quizás él pudiese ayudarla a buscar a su madre, de alguna manera se lo debía por los dieciséis años de abandono.

Entonces se acordó, tal vez él pudiese explicarle qué le había sucedido. Ni su madre, ni ella misma lo sabían, pensándolo bien, todo lo concerniente a su padre era un misterio, probablemente aquello que ocultaba al mundo, que la martirizaba cada vez que se manifestaba, estuviese relacionado con él.

Solo unas iniciales: Y. S. y una amarillenta fotografía de cuando rondaba los veintitantos, que guardaba en el bolsillo de su chaquetón de plumas, era cuanto tenía para iniciar la búsqueda. En su mochila llevaba lo que necesitaba, no iba a realizar todo el viaje a pie, pensaba hacer autostop. Mientras empezaba a caminar, no pudo reprimir las ganas de volver a contemplar su preciado lago, el *Winnipeg*, que la había acompañado durante toda su niñez y adolescencia, y ahora lo abandonaba para llegar hasta la gélida Alaska, desde donde viajaría a Rusia en busca del hombre que las había abandonado. Ahora que lo pensaba, empezó a sospechar que el motivo de su marcha le había sido ocultado durante todo este tiempo.

Su madre había prohibido esa loca idea en muchas ocasiones; sin embargo ahora no estaba para coartarle las ganas de conocer a su padre. Sin darse cuenta, ella había ido dejando entrever que aquel hombre al que tanto blasfemaba, había deseado tener un hijo con

ella. Por lo tanto, Amber había sido un bebé querido y deseado, no podía rechazarla ahora.

Amber solo tenía 16 años, ese viaje a lo desconocido no era adecuado para una chica tan joven y sin compañía, no obstante, no tenía otra alternativa. Su olfato le decía que algo oculto yacía en la repentina separación de sus padres, una pieza que no encajaba y que su madre había guardado en su interior a propósito, bien lejos de donde Amber pudiese descubrirla.

Tras los intentos de rescate iniciales, durante los cuales Amber suplicó por recibir el sonido de una llamada o algo que le diese una pista de dónde estaba su madre, las autoridades dieron por desaparecidos a todos los miembros del barco; sobre todo tras encontrar pedazos del casco del navío adheridos a un iceberg.

Pasado un tiempo, Amber sintió que tenía que marcharse, no podía quedarse mucho más tiempo, sola, recluida en casa, iba a volverse loca. Por el día no quería separarse del teléfono por si ella la llamaba pidiendo auxilio, o los investigadores la sorprendían con alguna novedad sobre el misterioso caso. Los de asuntos sociales habían llamado en un par de ocasiones para ver como se encontraba, su situación era complicada: menor de edad, aunque autosuficiente, viviendo sola. Le preguntaron si tenía algún otro familiar vivo, ella les había mentado y les dijo que tenía padre, pero que debía localizarlo. Le dieron unas semanas para que tratase de dar con él, después, tendría que ir a un centro hasta que cumpliera la mayoría de edad, y eso suponía más de un año “encarcelada” con otros jóvenes que habían tenido una vida difícil, diferente, como lo era la suya en esos momentos.

Ya había recorrido más de cincuenta kilómetros porque divisaba su ciudad en la lejanía y comenzaba a bordear el lago. Sabía que era un viaje desesperado, una locura; sin embargo, necesitaba respuestas, así que, ¿qué otra cosa podía hacer...?

Se sentó a orillas del lago a disfrutar del paisaje y de algunos rayos tardíos de sol. Era principios de septiembre, y aún así, apetecía cubrirse con un buen abrigo, el invierno comenzaba en aquellas latitudes mucho antes que en el resto del mundo. El sol penetraba todavía con fuerza sobre las ahora verdosas aguas, contribuyendo a la proliferación de las malditas algas verdiazules que estaban envenenando su querido lago, asfixiando toda la vida que albergaba en su interior. Pero el sol tenía la menor culpa, los pesticidas y productos agrícolas sin control que se vertían a sus aguas eran los que estaban destrozando al mayor lago del sur de Canadá.

En la distancia comenzó a escuchar el rugido de una lancha motora, aguzó la vista y descubrió que unos jóvenes practicaban esquí acuático en el lago. Amber los envidió, pues se tenían los unos a los otros, y no tenían que ocupar sus cabezas con más preocupaciones que guardar el equilibrio sobre el agua. Primero se lanzaba uno, después otro, y luego se animaron las chicas. El alcohol volaba de mano en mano, incluso resbalaba por los morros del conductor de la lancha. Sintió una punzada de envidia. Se les veía tan felices, tan despreocupados... En cierto modo, ahí residía la efímera riqueza de sus frágiles vidas: en cualquier momento podían desaparecer pero parecía no importarles... No saber qué les pasaría en el futuro era la mayor bendición de sus vidas, permitiéndoles aferrarse a lo cotidiano como si fuese a convertirse en eterno. ¡Qué ingenuos!

Empezaron a envalentonarse y a correr riesgos innecesarios. Amber pensó que era como contemplar una delicada vasija de cristal bambolearse al filo del precipicio, una leve ráfaga de aire y...

Los observó en la distancia, estaba empezando a incomodarse por su temeridad. Decidió detenerse a descansar un poco, así podría contemplarlos, después, emprendería rauda la marcha. Los jóvenes se resistían a despedirse del verano, y aunque el agua estaría a pocos grados, sus trajes de neopreno les protegían del frío dentro del agua y de la humedad del exterior que envolvía a los densos bosques de coníferas centenarias.

Cuatro personas componían el jocoso grupo. Las chicas se esforzaban por agradar a sus acompañantes, pero lo cierto era que no duraban ni un segundo encima de los esquís. Nada más arrancar la lancha, caían de espaldas al agua, recibiendo una buena caricia al caer. El conductor de la lancha parecía algo exasperado de tanto arrancar y detener el motor de su embarcación. Cada vez que se detenía, daba un largo trago a su cerveza *Budweiser*, estaba claro que ese tipo pronto estaría tan borracho como una cuba.

De repente pareció como si se derrumbase al suelo de la lancha a causa de la ingesta de alcohol, su enorme corpachón cayó sobre los mandos de la embarcación, provocando que esta acelerase súbitamente. El brusco movimiento lanzó al agua a la joven que acompañaba al hombre dentro de la lancha motora. La otra joven, que llevaba aún puestos los esquís, comenzó a saltar y revolcarse por la superficie verdosa del lago al igual que la carnaza del pescador que recoge el sedal de su caña a toda velocidad cuando piensa que ha pescado algo. La muchacha estaba tragando gran cantidad de agua a toda velocidad, si no lograba zafarse de su arnés, pronto moriría ahogada.

Los otros dos amigos que estaban en el agua gritaban y zarandeaban sus brazos tratando de llamar la atención del borracho patrón de barco que seguía tirado en el suelo, aquel tipo parecía haber perdido el conocimiento. La motora navegaba haciendo surcos en el agua, sin rumbo, entonces un golpe de agua la hizo virar por completo, enfilando hacia donde se encontraban los náufragos, que horrorizados, trataron de nadar en sentido contrario. Todo indicaba que la lancha iba a pasarles por encima, las aspas de los motores mutilarían y masacrarían sus frágiles cuerpos como el cuchillo que atraviesa la mantequilla en el desayuno. A esa distancia, Amber no podía hacer nada, solo contemplar el fatídico final, como haría un mero espectador del antiguo circo romano.

Nadie más podía ayudarles, no había nadie en kilómetros a la redonda. El cuerpo de la joven que iba amarrada al esquí rebotaba sobre la superficie del agua de manera obtusa y descontrolada, tal vez habría perdido el conocimiento, o... ya se habría ahogado, se sintió inútil. Si nadaba hasta ellos, a pesar de su velocidad, corría el peligro de ser arrollada por la barcaza. Su don podría ayudarles; sin embargo, estaba el factor del frío, a pesar de lo muy rápido que pudiese nadar, podría morir congelada. Finalmente, fue un instante, un relámpago, lo que le hizo decidirse a saltar por encima de las rocas hasta el lago, se deshizo de su abrigo y saltó sin pensarlo.

El agua pesada y fría tenía un regusto a mineral metálico que le produjo náuseas al entrar en contacto con su boca, no había preparado el salto y tragó un buen buche de aquella agua verdosa. Escuchó el motor de la lancha a mucha distancia, aún así, empezó a nadar de manera compulsiva; sin saber qué haría si lograba alcanzarles. Durante un par de minutos el barco descontrolado jugaba al corre que te

pillo con los muchachos que cambiaban su rumbo a cada nuevo viraje de la embarcación. En pocos instantes estarían agotados, llevaban nadando por salvar sus vidas más de cinco minutos. Pronto la adrenalina dejaría de ser segregada, sus músculos se relajarían tanto que incluso podrían producirles unos tremendos calambres, impidiéndoles poder nadar, se ahogarían sin remedio.

Cuando se estaba aproximando, a mitad de camino, escuchó que algo se soltaba. Un fuerte chasquido siguió al crujir de la cuerda que amarraba a la pobre marioneta. Subió a la superficie y comprobó que el cuerpo inerte de la joven yacía boca abajo, los esquis estaban partidos y desparramados alrededor de su cuerpo. Aquella muchacha parecía ya no tener salvación, había permanecido varios minutos bajo el agua. Los otros dos seguían luchando por sus vidas, tenía que salvarlos.

Volvió a adentrarse en las plomizas aguas, y se hundió hasta una distancia prudencial, debía evitar que las aspas del motor la descuartizaran a ella también. A pesar de la velocidad, notaba cómo el frío del agua iba apoderándose de su cuerpo. Los jóvenes, nerviosos por salvar la vida, habían olvidado que podrían haber descendido cada vez que la embarcación se hubiese aproximado a ellos, en vez de agotar sus fuerzas como si fuesen dos tímidas bailarinas encima de un enorme escenario mortífero.

Cuando ya creyó estar cerca, el ensordecedor ruido del motor bajo el agua, una especie de batidora gigante, se echó sobre ellos. Abrió los ojos de par en par bajo el líquido verdoso, y a pesar de que el agua estaba muy turbia, pudo ver cómo la lancha se les echaba encima.

¡Maldición! Van a morir —se dijo Amber.

Los jóvenes trataron de sumergirse cuando el casco de la lancha casi rozaba ya la cabeza del hombre, sintió una rabia inconmensurable y una impotencia extrema al no haber podido ayudarles. No porque le importasen realmente, si no por lo estúpido de perder sus breves y valiosas vidas de aquella manera.

Sin saber bien cómo, se concentró de un modo especial en aquellos chapoteos y gritos que pedían auxilio. Realmente estaba muy cerca de ellos, podría haberlos alcanzado, unos segundos más y hubiera evitado lo inevitable. Entonces sucedió, sin más, cerró los ojos para no mirar cómo eran arrollados por la motora y contemplar así que todos sus esfuerzos por salvar a aquellas personas habían sido inútiles, apretó como pudo los ojos y gritó debajo del agua para no escuchar el atroz ruido del motor desgarrando los cuerpos.

Al cabo de unos instantes dejó de gritar, todavía con los ojos cerrados, el silencio la envolvió. Todo se había acabado, el silencio impuso su sentencia.

Abrió los ojos despacio para tratar de localizar el barco, estaba claro que debía marcharse de allí, debía regresar, secarse, o moriría congelada. Cuando los tuvo abiertos, tuvo que cerrarlos enseguida, no podía creer lo que había visto. Estaba rodeada por un silencio universal, como el que se debía escuchar en el espacio exterior. Nada se movía, nada se escuchaba. Subió con celeridad a la superficie, sus pulmones reclamaban aire nuevo con urgencia, salió a la superficie dando una desesperada bocanada, relajando sus pulmones de nuevo.

El silencio seguía envolviéndolo todo, incluso allí, fuera del agua. Fue entonces cuando miró a la lancha y vio que se había detenido... Estaba allí, parada, inmóvil, contemplando cómo los dos nadadores luchaban por sus vidas, Creyó que se mareaba. Miró a

su alrededor, la lancha o los nadadores no eran los únicos que permanecían inmóviles. Todo, absolutamente todo, se había detenido. Los árboles no se mecían con el viento, los coches de la carretera que circulaban en la lejanía parecían estar detenidos en plena autopista, incluso el agua parecía impasible ante el contacto de sus brazos y piernas, como una inamovible sustancia viscosa. Se dio cuenta que ella era la única que se movía, sin saber cómo, había detenido el tiempo, lo había conseguido, *in extremis*, por salvar a aquellas personas.

Sin tiempo para pensar, comenzó a nadar con mayor dificultad que antes, parecía que había caído en un pringoso bol de gelatina. Alcanzó a los nadadores y, con un gran esfuerzo, los apartó de la trayectoria de la barca. Temerosa de que todo comenzase a moverse en cualquier instante, trepó rápidamente sobre la cubierta de la lancha y arrancó las llaves de contacto, eso frenaría la embarcación de recreo. Gracias a que los nadadores habían sido apartados, sobrevivirían. Cuando los dejó, todo seguía sin moverse. Regresó a prisa a la orilla, no quería que la viesen cuando aquella especie de congelación espacio-temporal se desvaneciese y tuviese que dar explicaciones.

Se desnudó y el aire frío hizo que le doliesen los pezones, se secó con una pequeña toalla que llevaba en la mochila, y se cambió de ropa en un santiamén. Solo entonces, en la orilla, pudo correr a esconderse, escuchó la lancha que empezaba a andar hasta que logró detenerse unos metros más adelante, gracias a que el contacto estaba desconectado. Los incrédulos muchachos se abrazaron ante la enorme suerte que habían tenido al haber esquivado la muerte.

Sin embargo, la otra joven sí que había fallecido. Medio empapada, sentada junto a unos altos matorrales, vio cómo el fortachón se puso en pie de

nuevo, miró por la borda y, al ver el cadáver de su compañera, dejó escapar un grito sordo y profundo.

Podría haber sido peor —pensó Amber, ya que al menos había salvado a los demás.

¿Qué había sido aquello? ¿Qué había hecho? ¿Había detenido el tiempo?

Fuera como fuese, aquel día se manifestó por primera vez su gran poder, que hasta entonces, tan solo había sido capaz de incendiar objetos con la imposición de sus manos.

Lamentablemente, Amber no fue la única que detectó semejante alteración del tiempo y el espacio, otros seres, mucho más antiguos e igual de poderosos, detectaron su presencia; entre ellos su padre. Nunca imaginaron que hubiese un ser que poseyera semejante habilidad. Ahora, solo tenían que encontrarla.